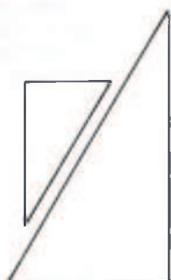


# ENTREVISTA CON

## DON LUIS SAMPERIO



CONVERSACION RECOGIDA Y TRANSCRITA POR  
**JOSEBA M. GOÑI GALARRAGA** y  
**JUAN CARLOS JIMENEZ**  
DE ABERASTURI CORTA

---

Un atardecer de tonalidad gris, color en principio extraño a la primavera pero tan familiar a nuestro clima vasco, nos reúne en una serena y elegante vivienda donostiarra que se asoma al Urumea; desde la misma, se domina el último recodo del río convertido ya en mar, reuniendo enfrente a los remozados y soberbios, Hotel Maria Cristina y Teatro Victoria Eugenia; el silencio sólo se rompe para convenir los presentes al unísono: esto parece París con las rutilantes orillas del Sena... Estamos en casa de los señores de Samperio.

Don Luis Samperio y Doña Maria Maiza, renterianos por encima de todo a pesar de esta reciente y otoñal escala en Donostia; el corazón, los amigos y sobre todo un mundo de recuerdos de su vida, jamás desprendidos de Rentería a la que por otra parte constantemente retornan. Lo que más sorprende del matrimonio Samperio es la elegancia y el señorío que no cabe calificarlos, a pesar de la evidencia contraria de los años, sino de juveniles y todo ello compartido de forma tan igual y participada por ambos: él, 88 años, que antes de fin de este año serán 89; bastantes años menos, ella... Elegancia y señorío doblados de una memoria felicísima y de una amena y feliz conversación—también compartida por ambos—para disfrute y provecho de todos nosotros.

Los Samperio, son por sí solos una brillante y variopinta saga de la reciente historia renteriana; recordemos en primer lugar a Don Matías, dirigente muy principal de la Sociedad de Tejidos de Lino; Luis Samperio, el padre de nuestro entrevistado, gran pelotari, componente con V. Elicegui, de una mítica pareja renteriana en los frontones de ambos lados del Atlántico; el tío Estanis, padre de una dinastía de valiosos y valientes tipos; nuestro entrevistado, médico en Rentería, desde un lejano 1924, casi hasta hoy mismo y, en fin, para el secreto e intimidad familiares, tía Julita, una santa mujer que fue el techo protector y vigilante de todos sus sobrinos.

Llamar en casa a Don Luis, solicitando una entrevista para la Revista *Oarso* es empresa de seguro éxito. Las antiguas revistas *Oarso* y *Rentería* de los años 20 y 30, son parte integrante de sus inquietudes y de su vida, ya que fue uno de los colaboradores más asiduos y perspicaces de entonces; en algún caso casi el número entero sale de su pluma con seudónimos como *Barman...* Recordemos algunos títulos de aquellos: «Aiseboladas» (Revista *Rentería*, 1925); «Córdoba, calles en sombra» (Revista *Oarso*, 1930) donde al atribuir la frase «Séneca, torero de la filosofía» se desliza un «Nietzsche» no muy ortodoxamente escrito sobre todo para un conocedor de Berlín. De todos aquellos artículos, el más estimado por su autor es el titulado «Cocktelera» (Revista *Oarso*, 1932) donde dialogan animadamente *un español, un jel, un liberal, uno de acción, un comunista, un socialista, un anarco-sindicalista, un conservador y un capitalista* epilógados por *un ingenuo*. No se olvide que estamos en 1932.

Nuestro médico, como hombre de carrera de entonces, orienta sus inquietudes sociales en la promoción de la cultura; en 1932, figura como presidente de la sociedad «Lagun-Artea» en fase de reconversión de sociedad deportiva, en sociedad cultural; Samperio presenta el proyecto en parte convertido en realidad: 73 socios cotizantes, 400 volúmenes en la biblioteca, lecturas trimestrales de textos escogidos y, en fin, unos objetivos programáticos denominados como «misión pedagógica» muy al estilo institucionista de entonces a través de la conocida Institución Libre de Enseñanza.

Pero, ¿no prometíamos en el título una entrevista?

—*Don Luis, estamos celebrando este año el cincuenta aniversario de la Guerra Civil. El paso del tiempo que todo lo estiliza nos ha acostumbrado a los más jóvenes a contemplar el quinquenio republicano (1931-36) y la Guerra Civil (1936-39) como partes de un todo, o mejor lo primero, como un prólogo de lo segundo. Comencemos por ello, evocando los años de la República; ¿alguna sabrosa anécdota renteriana de alguna significación?*

—Me remitiré únicamente a una, en la que fui protagonista de primer plano. El entusiasmo republicano inicial con el espectacular cambio de personal político en los Ayuntamientos, tras las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 (en Rentería, dos republicanos, dos socialistas, cuatro liberales, ocho nacionalistas vascos), no estuvo exento de algún pujo de intolerancia y de oportunismo revanchista quizá de donde menos podía esperarse. Los nacionalistas, a mi juicio con buen sentido, a pesar de su condición de mayoría minoritaria, no pusieron obstáculo ninguno a la elección de un alcalde republicano en la persona de Don Paulino García, hombre no de gran personalidad pero estimado. Las cosas funcionaron de esta guisa razonablemente bien, con un alto sentido cívico. Pero la disonancia vino justamente del propio Centro Republicano; un miembro del partido socialista, *Chacho* (Alonso), hombre corpulento, circunstancia que hacía más ostensible su afán de protagonismo, planteó a los republicanos consideraran y en su caso resolvieran la espinosa cuestión de la impugnación del concejal nacionalista, Agustín Bagües, alegando su condición de Juez de Paz en los años de la Dictadura primorriverista. Una calurosísima asamblea del Centro Republicano—en el actual Gau-Txori—decidió a favor de la propuesta de *Chacho*, con la excepción de los dos municipios republicanos—recuérdese que uno de ellos era el alcalde—y de un servidor. Nosotros interpretamos la impugnación como una maniobra ambiciosa de *Chacho* de encaramarse al cargo municipal. Esta postura les costó la expulsión del Centro a los dos municipios republicanos, que no obstante siguieron ejerciendo sus responsabilidades. Yo, en solidaridad con ellos, rompí con el Centro Republicano.

*Samperio tiene interés en pasar con alguna rapidez la página republicana para recalar en la guerra civil; nuestro freno, obtiene como fruto alguna anécdota curiosa, como la ingeniosa huida de Prieto a Hendaya, tras el fracaso de la revolución de octubre del 34; visitante asiduo de Don Indalecio en su exilio hendayés, pudo conocer de éste que el paso furtivo se hizo en el «ahí te pudras» de un coche bajo la experta dirección del back (defensa lateral) del Racing de Irún Arocaena... Pero al mencionar al gran político socialista, Prieto, solicitamos parada y fonda, presintiendo algo mucho más interesante.*

—*Don Luis, de todos es conocida su amistad con Don Indalecio Prieto. Esta vinculación constituyó sin duda para Ud. y su familia fuente de gravísimas sospechas a la hora de regresar del exilio, hacer frente a las sanciones económicas y regularizar su nueva situación en Rentería. En las épocas de represión donde tan sumarias y fáciles suelen ser las calificaciones y alineaciones, es fácil entender la gravedad del pecado de amistad con el conocido líder socialista.*

—Si, esta amistad nos causó (*esta vez el plural es obligado, pues interviene también Doña María*) graves dificultades y recayeron sobre nosotros inmotivadas sospechas ya que nuestra amistad con Prieto, no era de origen político sino de origen familiar; dos veces vino Prieto a Rentería y en una de ellas se hospedó en nuestra casa donde comió, para acompañarle después a Azpeitia.

El punto de arranque de todo ello era mi tíastra, Carmen Uranga («Morocha» para nosotros); tíastra por ser hermanastra de mi madre—*puntualiza Don Luis*—. Nacida en Argentina y residente a la sazón en Madrid, esta señora tenía a su vez un cuñado, Estanislao Luesma, médico de la Armada y doctor de la familia Prieto. Por este medio entablaron conocimiento el líder socialista y Carmen Uranga; conocimiento que fue algo o mucho más que conocimiento, ya que Don Inda aspiró en matrimonio a nuestra tía; parece que se cernía sobre obstáculo la oposición de los hijos de Prieto, oposición al parecer fundada en una promesa del padre a sus hijos de que no volvería a casarse, como de hecho así ocurrió.

Carmen Uranga era una mujer inteligentísima, muy enterada de las cuestiones políticas y acostumbrada a esos ambientes, no en vano su padre había sido Cónsul argentino en Las Palmas. Su extracción social, cultura y maneras de exquisita elegancia situaban a nuestra prima, ciertamente, como una mujer de derechas y a nosotros nos extrañaba que estuviese tan enamorada de un hombre de la significación de Prieto, como de hecho lo estuvo. También Don Inda, estuvo decididamente enamorado de ella y él hubiese querido sin duda vivir con ella, incluso sin regularizar la situación, pero eso quedaba fuera de los planes de nuestra «Morocha»; lo que sin duda ésta si estaba dispuestísima, es a romper por amor a Prieto, con todo su entorno social.

Es fácil comprender que nuestra relación familiar con Carmen Uranga nos introdujera en los círculos de amistad con Prieto. Así, en uno de los encuentros con él en Madrid, al comentar nosotros ante el político la fecha de nuestra próxima boda (diciembre del 30), éste nos previno que quizá no podríamos celebrarla porque podrían ocurrir acontecimientos políticos... ¡en efecto!, sucedió la sublevación de Jaca de Galán y García Hernández.

Ahora podemos encuadrar con exactitud la sonada visita de Don Inda a nuestra casa de Rentería en 1932. Estamos en pleno veraneo donostiarra y nuestra tíastra estaba en Rentería. (1) Aunque Prieto entendiera la visita como privada al venir con el coche oficial, rompió el incógnito y la noticia corrió como reguero de pólvora; pronto corrió la gente a nuestra casa solicitando la entrevista y el encuentro con el político; llegamos a padecer una cola en las escaleras; hubo quien pretendía conseguir del líder socialista un estanco, otros otra cosa. El más inteligente y oportuno fue Timoteo Fombellida a quien habíamos encargado previamente la comida; como padre solicito encomendó a Prieto la liberación de su hijo Antonio, encarcelado a la sazón en la mili por haber abandonado la guardia... La jornada terminó con un viaje de los cuatro a Azpeitia, lugar de donde procedían los Uranga, familia común de Doña Carmen y Don Luis.

Las relaciones de Prieto y nuestra tíastra al no avanzarse en la remoción de los obstáculos, quedaron paralizadas; recuerdo muy bien—*puntualiza Doña María*—llamadas de Prieto ministro a casa de Doña Carmen, la cual entre sollozos me rogaba me pusiese yo al teléfono para responder al ministro.

Ella retornó a su Argentina donde se casó con un escultor, a quien por cierto se le encomendó en España la erección en algún punto de Andalucía (quizá en Huelva, no lo sé), del monumento conmemorativo de la travesía del Atlántico en vuelo por el *Plus-Ultra* con Ramón Franco y otros... Sabemos que, a pesar de los años y de la distancia, nuestra pariente de Buenos Aires y el exiliado socialista de México, siguieron interesándose mutuamente...

—*Su notoria amistad aunque del todo, punto casual con Prieto le otorgaba a su persona una significación irremediamente republicana y avanzada en el pueblo; pero, ¿no hubo otros hechos en este periodo que apuntaban en la misma línea y que más tarde habrían de agravar el «dossier» acusador?*

—Efectivamente, nos hizo mucho daño una fotografía en que Doña María aparecía junto a José Manuel Ostolaza y el Gobernador Civil republicano, Artola en la mesa presidencial de un homenaje rendido en la Perla, al citado Ostolaza, gran amigo nuestro y a quien

(1) Le movía la decidida intención de comenzar a preparar el arreo de bodas adquiriendo tejidos de tela blanca de nuestra prestigiosa empresa renteriana, en el establecimiento especializado en tales telas de la familia de Rafael Garmendia.

la República quiso rendir un homenaje de gratitud por su filantrópica labor de promoción cultural sobre todo en la comarca de Deba. Un requerimiento amistoso suyo—*anota Doña María*—me alzó inospechadamente a lo alto del estrado presidencial sin poder medir entonces, como es fácil de comprender, las consecuencias de tal aceptación.

*Hablando de Ostolaza se deslizan algunas pinceladas que no quisiéramos silenciar; una de ellas habla bien a las claras de las afinidades ideológicas y culturales de nuestro entrevistado...*

—El tal Ostolaza tuvo algún conflicto con las autoridades eclesiásticas de la diócesis, no sé si sobre la utilidad pedagógica o, lo que es igual, sobre la utilización posible de las novelas barojianas en la enseñanza; el hecho es que la discusión provocó una comida-homenaje a Ostolaza con asistencia a la misma de don Pio, en que éste leyó unas cuartillas; no faltó en ellas la anotación—¿acusación?—del carácter vasco que fue calificado de *alalo*—que no habla—pero también aprovechó la ocasión para hacer unas divagaciones sobre San Sebastián, rectificadoras de otras anteriores, tan descalificatorias y que originaron el revuelo que se sabe.

*Convendría no olvidar que este mismo Ostolaza, residiendo en México fue quien donó a la Diputación Provincial guipuzcoana, el precioso cuadro de Arteta «La Romería» y ello gracias, al menos en parte a un casual comentario epistolar de Don Luis.*

Al responderle a una preciosa tarjeta postal, en que nos indicaba que la fotografía era de su propia casa, me permití comentarle la belleza del cuadro que colgaba de la pared. Ostolaza en la respuesta me comentó que se lo había comprado a Arteta por 33.000 ptas. y que no sabía a ciencia cierta qué hacer con él, en el sentido de dónde depositarlo. ¡Mándalo para acá!, le dije. Así comenzo el camino del traslado a San Sebastián del precioso cuadro, en comentario al respecto que en su día hizo en la prensa donostiarrá el cronista de la ciudad, José María Donosty. ¡Por cierto!—*puntualizó una vez más Doña María*—las jóvenes pintadas en el cuadro de Arteta son unas renterianas, hijas de Esteban Jáuregui.

—*En verdad, jamás una guerra fue igual a otra guerra; desde este punto de vista, todas las guerras generan desconcierto, incertidumbre y caos... pero ¿cómo no ponderar la inexperiencia, y la confusión de las primeras jornadas de julio del 36 en que la gente por no saber nada, ni siquiera era capaz de imaginarse que se encontraba abocada a una guerra en la que no quería creer?*

—En efecto, la guerra en sus primeras inciertas jornadas fue un momento de dolor, desolación y tristeza muy grande. Las negras noticias procedentes de Navarra, las especulaciones sobre la mayor o menor proximidad de los requetés, la llegada de desconocidos armados al pueblo, al parecer con misión de protección, la obsesión de poner a buen recaudo a mujeres y niños... y todo ello unido y confundido.

Los efectos reales de la guerra comenzaron a percibirse en Rentería, el lunes día 20. Yo—*comenta Don Luis*—pettechado con la enseña amarilla de médico, pude acompañar a Juanito Saint-Exupéry a San Sebastián para el traslado de su madre—ésta sin desprenderse jamás de su lorito—a Rentería. Albergaba yo, además la esperanza de trasladar en la misma jornada a mi mujer con la muchacha y mis dos niñas a un caserío de Aritxulegi (Oyarzun) para lo cual esperaba contar con los servicios automovilísticos de mi antes citado amigo. Estando en casa de éste, esperándole para iniciar el viaje resonaron los primeros ruidos de tiroteo por la zona de la calle Viteri; corro hacia allá y protegido en el portal de la casa del café Iguarán, observo que el blanco del tiroteo es mi propia casa; el peligroso incidente fue al parecer fruto de una confusión nacida a partir de un tiro suelto lanzado por un coche de milicianos e interpretado por los custodios de la calle—gente de Trintxerpe, se decía entonces, sin más matización—como un tiro hostil hacia ellos salido de nuestra casa, considerada por sus apariencias externas como casa de ricos burgueses.

Yo—*precisa Doña María*—que en espera angustiada de mi marido fui desdichada testigo de los hechos desde el balcón—un balazo arrancó la cortina de una ventana—no pude hacer otra cosa que retirarme y postrarme en el suelo, requiriendo a hacer lo mismo a los de mi casa. Tía Julita no dejaba de exclamar: «Seguro que a Luisito lo han hecho pedazos».

Las infundadas sospechas de que nuestra casa fuese foco de resistencia fascista se prolongó con la inmediata visita que nos rindieron los milicianos. Apenas se abrió la puerta, uno de ellos apuntó de inmediato al pecho de mi suegro (Luis Samperio, padre) quien quedó mudo y blanco como la pared; aunque parezca increíble, únicamente nuestro primo Gabrieltxo, un crío—en realidad un joven adolescente—tuvo coraje para exigir que bajaran las armas. La presencia de nuestro vecino Eduardo Sesé contribuyó a

dar fe de nuestra condición de no fascistas y la llegada del sargento de la Guardia Civil, Bendito despejó la situación, no sin que éste amonestara a los armados, de los disparates que podían cometer con tal impericia y nerviosismo.

El episodio produjo un gran impacto en el pueblo..., el desconcierto y la permanente zozobra comenzaban a adueñarse de la gente. Don Gervasio Albisu, convecino nuestro y sacerdote, que más tarde habría de ser fusilado por los rebeldes, tras la ocupación de Rentería, quedó profundamente marcado por el miedo a los del Frente Popular; tras prestarle tía Julita un traje, decidió despojarse del traje talar de sacerdote para huir días después a San Sebastián. La mejor ponderación que cabe hacer del desconcierto y de la falta de valoración de la guerra, en aquel instante es el comentario repetido de este sacerdote cuando se le mencionaban las atrocidades de los navarros en su avance hacia Guipúzcoa: «*Mujer, calla, calla; no creas lo que se dice de los navarros; los que vienen con el crucifijo en el pecho no son capaces de hacer eso*»... Navarros o militares que acompañaban a éstos; lo cierto es, como bien se sabe, que lo mataron esos.

Comentando mucho tiempo después entre amigos el suceso de nuestra casa, con la distensión y el humor que siguen a los hechos más dramáticos, Pantaleón Leibar, ideó un chiste que más o menos decía así: Luis, se dice que desde vuestra casa algunos gritaban: «Viva el faxio (fascio)»; otros dicen que el grito fue: «Mas despashio».

*Hablando de la guerra, los Samperio, como cualquier otra familia de entonces, no puede echar en olvido la trágica realidad de la muerte en la propia familia sobre todo si la misma sucede de forma estúpida e innecesaria. En el comentario pesa la trágica suerte del primo Antonio. Ello lleva a Don Luis a distanciarse y a adoptar un acento crítico sobre ciertas valoraciones y juicios de los acontecimientos y de los protagonistas de aquellos días emitidos en prestigiosas e incluso oficiales crónicas tales como por ejemplo, la obra de Irujo «La guerra civil en Euzkadi antes del Estatuto», que la juzga inexacta en algunos de sus detalles.*

El día 26 de julio a las 6,30 de la tarde se vivió al menos en nuestra familia, con gran sobresalto una noticia que nos sumergía un poco más en el clima de la guerra; procedía de la muchacha de nuestro vecino Florentino Loidi: «*Nagusiyaq abixatu du ez datorrela afaltzea eta karlistak Urkabera inguratu dirala*» (nos avisa el amo que no se le espere a cenar y que los carlistas asoman por Urkabe (Oyarzun). El hecho era todo un síntoma del deterioro de la situación, deterioro que no habría de agravarse de inmediato, ya que el imaginario frente en el ancho y montañoso Oyarzun, habría de prolongarse prácticamente un mes; jamás se supo si por el miedo, la inacción o los falsos cálculos de cada bando.

Nuestro primo, Antonio, a nuestro juicio movido más por la curiosidad o novedad que por un compromiso adquirido, que durante aquellos días habría de asomarse repetidamente al puente de Santa Clara, lugar donde parapetados en el fortín de la casa de Kurtzin, habría de improvisarse un control o parada, asistió conmovido a la arribada de oyartzuarras que huían despavoridos. Sabemos que en repetidas ocasiones de los días 26 y 28, hizo lo mismo. La mañana del 29, al regresar tras una ronda mañanera al centro del pueblo, observando que en el balcón del Ayuntamiento ondeaba la bandera blanca puesta no se supo por quién, decidieron subir a quitarla. Mientras se entretenían en distendida espera en la casa municipal, llega a la misma el comandante general, Pérez Garmendia, militar del cuarto del Coronel Aranda, a quien la sublevación sorprendió en San Sebastián y que de hecho fue el militar principal que se avino a colaborar con la Junta de Defensa de Guipúzcoa, al parecer a requerimiento de Irujo, navarro como él. El hecho es que el citado militar conminó a las pocas personas allí presentes: «*Necesito voluntarios que engrosen mi escolta para efectuar una ronda de inspección por Oyarzun*». Nuestro primo, Kurtzin y los hermanos Frías fueron los que se avinieron.

La continuación todo el mundo la conoce; la expedición terminó en una *sarracina* ya que antes de llegar a Ugaldetxo los sorprendió una lluvia de fuego en la que algunos murieron (uno de los Frías y Kurtzin), la mayor parte fueron heridos y sólo alguno logró huir. Amigos de Oyarzun, tiempo después pudieron ofrecernos detalles complementarios; al comandante Pérez Garmendia, quien herido habría de morir en Oyarzun se dice que el Coronel Beorlegui le espetó: «*por deber de humanidad se te curará pero se te fusilará*». De nuestro primo Antonio, sabemos que, herido, pues una bala le atravesó el brazo, fue transportado en la grupa de un burro a Lesaca, camino de Pamplona; en el pequeño pueblo navarro, parece que estuvieron a punto de ser linchados... En el fuerte de San Cristóbal, de la capital navarra sería juzgado y fusilado.

*Tras las amarguras de la guerra el inevitable exilio. Precedido por la familia, quien desde Fuenterrabía y al alimón con la población infantil y femenina del pueblo arrantzale, saltó a*

*Hendaya esquivando los proyectiles del Cervera o del España; también Don Luis, el 3 de setiembre enfilaba proa hacia el exilio francés.*

—Comienza, Don Luis, un exilio de varios años, más largos sin duda de los deseados pero, sobre todo, más largos de los imaginados. En esta misma línea de espigar algún perfil aleccionador para nuestras cosas ¿qué podría desvelarnos de interesante de su exilio parisino?

—Es cierto, exilio parisino en su casi totalidad. En diciembre del 36, subí de Iparralde a las orillas del Sena; casi de inmediato me siguió mi mujer; en esta ciudad fui testigo muy próximo de los primeros pasos de la Delegación Vasca dirigida por Picabea; allá vivimos los dolorosos acontecimientos del bombardeo de Guernica y de la caída de Bilbao, las peripecias de la arribada de mujeres y niños vascos en oleadas, etc.

Una afortunada amistad con el alicantino Establier, adquirida tiempo atrás, a través de mi amigo el meteorólogo de Igueldo, Doporto, me decidió a trasladarme a la capital francesa. El citado Establier era Regente de la Casa de España en la Ciudad Universitaria y por ello pudo facilitarme el disfrutar parcialmente de los servicios de la institución, en concreto, disponer de unos pases para mí y para mi señora para comer gratis en los comedores universitarios. La pensión completa en la Casa de España era privilegio de unos pocos, todos ellos personas más importantes que nosotros y el acceso a tal privilegio era algo inaccesible pues la institución vivía de los medios suministrados por la embajada. Nosotros, sin oficio ni beneficio nos dimos por bien satisfechos con tener acceso libre a los comedores; también pudimos brindar a Establier los servicios domésticos, por cierto muy brillantemente cumplidos, de nuestra muchacha, Xatur Tolosa, quien se colocó para largo tiempo en la casa española.

Lo interesante es que el cotidiano encuentro en el comedor nos dio la oportunidad de convivir y tratar con gente de cultura española muy interesante y acreditada: el catedrático de Filosofía Tomás Cabrera, los esposos Zubiri, catalanes y madrileños de toda suerte y sobre todo, entre todos ellos, Don Pio Baroja.

—Acaba de decirlo, de todas las personas allí presentes, Don Pio era sin duda la que ejercía mayor atractivo para Ud.; Don Luis; su conocido barojianismo podía encontrar ahora ilimitadas satisfacciones en las conversaciones con el novelista... Seguro que las señoras no habrían de quedar a la zaga en este ejercicio de observación y captura de las palabras y gestos de tan apasionante personaje... ¿Es así Doña María?, ¿cómo era, cómo se manifestaba, cómo recuerdan a Baroja en aquellas circunstancias?

—Como recuerdos más imborrables—comienza expresándose Doña María—mi memoria seleccionaria dos rasgos: por un lado, su aspecto exterior acusando cierto abandono y descuido de su persona hasta darnos a nosotros la impresión de que andaba muy mal de dinero; yo misma hube de regalarle unos pantalones de uno de los dos trajes de mi marido, que los utilizó inmediatamente, resolviendo la excesiva largura remangándose los tranquilamente. Don Pio era capaz de presentarse ante la gente, dejando asomar por entre los puños de la manga el camisón de noche; todavía hoy nos mueve a risa el comentario sin recato alguno de nuestra muchacha Xatur: «*¿Ori gizon zikiñal!*». También es verdad que era muy parco en el comer y extremadamente sencillo y de buen conformar en sus exigencias.

Pero junto a esto—prosigue la señora—hay que ponderar extraordinariamente su amabilidad sobre todo con nosotras, las mujeres; era en verdad de conversación aménisima; como mi marido daba clases y yo no tenía nada que hacer, le acompañaba en sus paseos; recuerdo cómo me esperaba para salir a pasear por boulevares y avenidas, pero sobre todo por librerías de viejo. «*Éra un salao!*», repite una y más veces Doña María.

Pero hablando de Don Pio no se puede silenciar un rasgo que ciertamente puso a prueba el filobarojianismo de Samperio, decepcionado sin duda por los comentarios y manifestaciones del novelista guipuzcoano en el terreno político.

—«*Sí, en la cosa política a Luis le defraudó*». No quería oír nada de las gravísimas noticias que llegaban acerca del comportamiento de los franquistas; él se acordaba sin duda de su Vera de Bidasoa y de su Itzea y seguramente un egoísmo bien comprensible y natural le empujaba a esa actitud... Esta postura, concretada en hechos más comprometidos, parece que crearon graves fricciones entre el embajador Araquistáin y Baroja, quien al mismo tiempo que se manifestaba contra la República, se acogía a un hospedaje costeado por la embajada republicana.

Esta situación un tanto molesta para nosotros, llegó a su punto más alto cuando los sucesos de Guernica; Don Pio se aferraba a la

versión de los hechos de los medios de propaganda franquista, sobre todo en el punto de que serían los propios defensores de la villa foral quienes si no bombardeado, al menos la habrían incendiado; pesaba sobre él el recuerdo del incendio de Irún, provocado por los milicianos en la retirada y contemplada por Baroja y yo mismo—añade Don Luis—desde la orilla hendayesa. Sin embargo, en París abundaban las informaciones inglesas de gran respetabilidad en el sentido contrario, pues jamás llegaron a suscitar en él la duda. Mi última réplica—concluye Samperio—ante la reiterada culpabilización de los propios de Guernica en el incendio fue: «*Don Pio, no tengo nada más que hablar; ya me basta con eso*». Nuestras relaciones sufrieron, como es lógico un cierto distanciamiento y a partir de entonces transcurrieron sin demasiadas mutuas aperturas...

Sabemos que luego, más tarde, cuando volvió aquí y palpó la dura realidad del franquismo y de la represión, rectificó hasta el punto de volverse de nuevo a París.

—Don Luis, en París ¿tuvo acaso la oportunidad de poner su capacitación profesional de médico al servicio de alguna causa humanitaria en momentos tan difíciles como la de la llegada de tantos refugiados?

Sí, desocupado deambulaba por los Campos Elíseos el 4 de mayo de 1937 cuan he aquí que me cruzo con Don Rafael Picabea y Don Felipe de Urcola, promotor y director respectivamente del semanario vasco *Euzko Deya* y personas importantes de la Delegación Vasca. Yo, como puede suponerse, conocía de vista a Don Rafael Picabea, no así él a mí, pero algo debí observar en mi mirada pues al toparnos de frente me preguntó: «*¿Es Ud. de San Sebastián?*». La respuesta fue seguida de una propuesta inmediata: «*¿Haría Ud. el favor de salir inmediatamente para La Rochelle a acoger a una expedición de refugiados procedente de Bilbao?*» «*Ahora mismo*», le repliqué. Sólo recuerdo que dormí en la preciosa ciudad atlántica y que la preparación de los que habían de llegar estaba muy cuidada, tanto por el servicio sanitario francés, cuanto por otras asociaciones benéficas dependientes de sindicatos y partidos de izquierda.

Sin embargo, las previsiones programadas por los responsables de la acogida se vieron desbordadas por la llegada de más gente; tras ponerme en contacto con París se me ordenó tomara el tren en dirección de Audiern, en las proximidades de Quimper en un lugar cerca de una diminuta playa. Allí estuve como un mes tratando de suavizar las pretensiones de ciertos refugiados que en su inexperiencia creían estar haciendo turismo, cuando en verdad eran unos pobres refugiados. Desde aquel lugar la gente fue siendo colocada en diversos puntos de Francia y de Bélgica.

—¿Este episódico servicio tuvo continuidad a su retorno a París?

—Sí, aunque de otra manera. El gobierno vasco que ya había adquirido el edificio de la Avenida Alma Marceau, avanzaba a marchas forzadas en la organización de diversos servicios, entre ellos los sanitarios y tras mi retorno del viaje descrito, allí quedé adscrito; téngase en cuenta que no abundaban los médicos; mis servicios no fueron sólo sanitarios sino también meramente sociales, como acompañamiento a refugiados a la policía, etc... También hube de viajar varias veces a Bélgica a solicitar información y promover una mejor coordinación entre la Delegación Vasca y las organizaciones católicas de ayuda a los refugiados de ese país, impulsadas por el cardenal arzobispo de Malinas, Van Roey.

—Una última cuestión Don Luis. Aun abusando de su tiempo y sabedores de haber desbordado los límites de paginación atribuidos por Revista Oarso a esta entrevista... Hemos mencionado el nombre de Don Rafael Picabea... una reciente y obligada revisión de *Euzko Deya* nos ha obligado a pensar en esta personalidad guipuzcoana sobre todo porque su desconocimiento y silencio constituyen una laguna imperdonable de nuestra historiografía. ¿Cómo valoraría Ud. la actividad del prócer oyartzuarra en París en esta época?

—Sin duda de forma muy, muy positiva. Se puede afirmar que fue la persona ideal para aquellas circunstancias y para el objetivo encomendado: organizar la presencia vasca en la capital francesa e introducirse en los medios de difusión y de comunicación para hacer oír la voz de los vascos. Además de ser un hombre brillante, lo que se dice «*chic*», poseía dos cualidades nada fáciles de aunar: un perfecto conocimiento del francés, de un francés elegantísimo,—no se olvide que a pesar de ser oyartzuarra los estudios medios los había cursado en Hasparren—y ser hombre eminentemente práctico, conocedor de las personas y sus resortes y sobre todo, experto en empresas periodísticas. La propia crisis reciente de su periódico donostiarra *El Pueblo Vasco* en los últimos días de la República fue una circunstancia mas, que le facilitó la inteligencia y el acuerdo con el empresario judío de París, inmerso éste, asimismo en parecidas dificultades y con quien llegó a entenderse satisfactoriamente.



¿Qué es la belleza? ¿Es el equilibrio de formas, color, luz? Yo no creo que la belleza estibe en una sucesión de medidas de gran proporción, o de una combinación de color determinada, incluso ateniéndonos estrictamente a los cánones que en algunas civilizaciones han llegado a adquirir absoluta precisión, como en la helénica. Nadie puede precisar como debe ser una cara para ser bella, pero todo el mundo coincide ante un ejemplo evidente.

¿Podríamos entonces pensar que es algo inmaterial?, o por decirlo de alguna forma, ¿inspiración divina? o simplemente, una ciencia olvidada, la cual puede guardar en sus entrañas razones más fáciles de explicar que lo que nosotros podemos imaginar. Dejando a un lado el aspecto puramente formal, de lo que no cabe duda es que la belleza ha sido la musa inspiradora de la sensibilidad humana a través de los tiempos y que gracias a ella... ¿O quizás no? ¿No habrá

sido la vanidad la que ha empujado al hombre, al ser humano, que extasiado ante la belleza, ha querido competir con los dioses tratando de imitarla? ¿O tal vez sea algo más sencillo que todo esto? Así como la emoción que produce la música se manifiesta con la danza, es decir, la música como belleza inmaterial o espiritual se representa plásticamente con la danza, en el resto de las manifestaciones artísticas ocurra lo mismo.

De cualquier modo, me alegro de que, aun sin saber por qué, haya habido personas que dedicaran toda su vida y sus esfuerzos en tan notable quehacer, pues sabiendo que la belleza es efímera, han conseguido con su esfuerzo inmortalizar la magia de un momento legándolo a las generaciones posteriores para su comprensión y disfrute.

**XABIER OBESO**